

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo XIX



~En el corazón de una de las provincias más meridionales de Francia y en lo alto de una estrecha cresta,

La hierba alta se apartó para dejar pasar a una liebre que saltó a un claro iluminado por la luna. El animal cauteloso inspeccionó una loma abierta con las orejas erguidas y el hocico tembloroso; y mientras avanzaba sigilosamente, De repente se quedó congelado como una piedra, con la cabeza ladeada y un único ojo negro y vidrioso fijo en el cielo. El animal petrificado miró fijamente lo que podría haberse parecido a un Un único punto volador, una silueta que se elevaba, a la deriva contra las estrellas. El conejo permanecía inmóvil bajo lo que creía que era un ave de presa.

Sin embargo, aquel objeto que volaba a gran altura guardaba poca semejanza con un pájaro, salvo por sus alas extendidas; y un ojo experto podría haber deducido correctamente que se trataba de un hombre volando. De repente, la liebre, asustada, giró sobre sí misma y se adentró en las largas sombras de donde había surgido. Y en la aparente seguridad de los matorrales y las profundas sombras, una mano fantasmal verdosa apartó la maleza y atrapó a la liebre que se debatía. Los huesos crujieron y un nuevo silencio se apoderó de la loma cubierta de hierba.

Deslizándose muy por encima de la cresta y elevándose contra un cielo estrellado, Lázaro siguió adelante. El viento gemía con el rítmico batir de sus alas. Volando hacia el

En la costa más meridional de Francia, desde la elevada posición de Lazarus, vio cómo las tierras iluminadas por la luna se extendían desde un horizonte curvo como un pergamino sublime que desplegaba lentamente cada faceta de la Creación. A su izquierda, una hilera de colinas bajas resplandecía con tonos dorados, definiendo con nitidez el borde oriental de la tierra. A su derecha, bajo una luna creciente sulfurosa, el terreno accidentado se fundía con un horizonte occidental indistinto que parecía licuarse como mercurio y fundirse con un cielo brumoso.

Lazarus hacía tiempo que había abandonado el sinuoso curso del río Ródano, y ahora volaba directamente hacia el sur sobre un paisaje disperso de colinas desnudas y bosques fragmentados. Debajo de él, arroyos serpenteantes surcaban todo el terreno y, en conjunto, parecían cicatrices negras y errantes de dagas que desfiguraban la faz de la tierra. Grupos de pequeñas construcciones aparecieron a la vista: edificios con techos de paja asentados junto a las riberas, sugiriendo la presencia de pintorescos pueblos de pescadores. Entre ellos, los caminos rurales eran como venas de tierra que se dispersaban y desaparecían entre bosques sombríos y valles de las estribaciones.

A diferencia de los sinuosos caminos y arroyos que discurrían bajo él, todos ellos aparentemente intransitables ante el terreno irregular, Lázaró trazó un rumbo decidido, desafiando los persistentes vientos cruzados y las corrientes descendentes. Creó un camino recto y angosto, estrictamente hacia el sur. Sin embargo, apenas prestaba atención al mar de tierra que se extendía bajo sus pies. Bajo el inmutable gemido del viento y el batir constante de sus alas, Lázaró parecía volar a ciegas, pues la mayor parte de su atención estaba centrada en su interior, en una mente atribulada.

Tal vez solo los ángeles podrían haber reunido tal milagro o método para que un corazón tan pesado como el suyo pudiera mantenerse en el aire, incluso para rozar las estrellas y no precipitarse a la tierra por la gravedad de su propio estado destrozado. La mente de Lázaró se tambaleó con recuerdos lejanos de días pasados. Y con cada recuerdo perfecto de ellos, los recuerdos parecían amontonarse como una pila de rocas que se hinchaba hasta formar una montaña y sepultaba todo rastro de lo que él recordaba ser. Sin los confines reconfortantes de las catacumbas; sin sus tareas en el túnel; sin Iván y Odino para consolarlo; incluso sin Clodio y Greville para regañarlo, sin su preocupante máscara, Lázaró lloró. Ya no podía negar esa parte inquietante de él, que una vez fue solo un susurro lastimero oculto en los recovecos más profundos de su corazón, que finalmente había crecido para agitarse con fuerza en su pecho. Ya no era un dolor persistente, sino tal vez un despertar. y una conciencia que gritaba y que acaparaba su atención. De hecho, el molesto susurro se convirtió en aullidos de tormento, revelándose por completo como confirmación de que la parte más preciada de Lázaró había perecido verdaderamente en aquella terrible noche, cuando se vio obligado a abandonar la abadía. Y aunque la voz en su corazón era solo suya; ciertamente era

Criado por el blasfemo y asesino pescador; los codiciosos y enconados lores D'Alcicourt y Hugon; el frío y repugnante capitán Bourne; y, sobre todo, su impía madre, que era todo eso y más. Y a Lázaro, los amargos recuerdos de ellos parecían devorar cada uno de sus recuerdos perfectos y reconfortantes, cada sueño alegre e ingenuo de un mundo anterior y perfecto que había experimentado antes de su expulsión del reconfortante seno de sus antiguas celdas en las catacumbas.

Sin embargo, aunque el dolor a veces pudiera doblegar el espíritu, invariablemente, la razón a menudo recupera lo perdido en su interior. Lázaro cerró su corazón atribulado y abrió su mente a consideraciones y cálculos más significativos: volaba —sobre el sur de Francia— camino a Italia. Y lo que una vez creyó ingenuamente que era una meta inalcanzable —volar a algún lugar y buscar a un fraile— era en realidad una hazaña bastante razonable, ya que ahora estaba haciendo precisamente eso. Consideró lo que podría suceder inmediatamente después de regresar a la abadía con Fray Salvatino. Por desgracia, dado que el capitán había revelado su verdadera naturaleza como un grotesco disfrazado de sotana, era muy consciente de que su vida seguiría un curso diferente al que había imaginado. A partir de ese único giro de los acontecimientos, dedujo con razón que los monjes de la abadía no podían aceptarlo en su rebaño como fraile. Estaba convencido de que ya no le permitirían vivir y servir en su rebaño como sacerdote. Estaba seguro de que lo veneraban como a Lázaro, el fiel guardián de las catacumbas de la abadía, pero lo denigraban como una bestia alada fea e impía. Sabía, sin lugar a dudas, que no encontraría su lugar en la oración, en el Santuario, sino en lo alto, en piedra. Aun así, recalculó sus opciones solo para llegar al mismo resultado inquebrantable: mantenerse firme en su promesa de ir a buscar al fraile. «Y si, por probabilidad, de ello pudiera derivarse algún vestigio de bondad», concluyó, «quizás los monjes de la abadía pudieran ver más allá de sus diferencias y determinar que era más hombre que bestia».

Sin embargo, para Lázaro, parecía improbable que cualquier grado de reflexión pudiera cambiar el momento para mejor. El tiempo giraba sobre la tierra ondulante y, con el peso de una Piedra de Puerta abierta descansando firmemente sobre sus hombros, Lázaro continuó avanzando sobre el sur de Francia. El sudor de sus alas brillaba a la luz de la luna y; como A medida que avanzaba la noche, se mantuvo fiel a su rumbo y velocidad, incluso mientras se acercaba a la tierra. Como un murciélago gigantesco, sobrevolaba las copas de los árboles, agitando sus hojas con el aleteo de sus alas. Volaba sin cesar, sincronizando sus alas con su respiración: presionar y elevar, inhalar y exhalar. El tiempo volvió a girar, cuando una bandada de gaviotas se reunió a su lado. Más gaviotas que descansaban alzaron el vuelo para perseguirlo. Las aves se congregaron en un enjambre creciente y, finalmente, cientos de ellas formaron una inmensa bandada que casi engulló a Lázaro.

Ascendió más alto para escapar de ellos, pero lo siguieron. Se zambulló; viró a la izquierda; giró a la derecha. Sin embargo, reaccionaron con la misma precisión, realizando las mismas maniobras aéreas. Se estabilizó y buscó el horizonte, pero solo encontró una pared blanca de plumas de la cola agitándose. Y bajo él, la faz de la tierra se sumergía en un mar agitado de alas blancas.

Lázaro les lanzó un manotazo, gritando: "¡Fuera de aquí, ahora mismo!". Ellos le gritaron, como si su brusca orden exigiera una protesta masiva.

—¡Apártense! —gritó. Ellos graznaron y se acercaron aún más, asfixiándolo como cien polluelos aferrados a una gaviota madre.

“¡No puedo ver!”

La bandada se limitó a responder con parloteos.

“¡No soy un pájaro!”

Las gaviotas se quejaron al unísono.

“¡No lo soy !”

Respondieron con una andanada de réplicas mordaces.

Lázaro resopló y se entregó a ellos, considerando que aunque estaba volando

A ciegas entre ellos, seguía avanzando. Es más, le pareció que la bandada mostraba un agudo sentido del espacio, ya que ninguno parecía impedir el aleteo del otro, ni el suyo propio. Pero había algo más en ellos, pues Lázaro se sintió atraído por sus ojos oscuros y penetrantes. En apariencia, parecían compartir la misma intensidad salvaje. Los miró fijamente —incluso más profundamente de lo que una vez miró a los ojos de los perros de Boca de Montaña— y no encontró absolutamente nada.

Quizás fue el vacío en ellos lo que impulsó a Lázaro a reírse. Las gaviotas, desprevenidas, cantaron con su risa.

Lázaro soltó una risita y ellos se rieron con él. Y cuanto más fuerte se reía, más ruidosamente... respondieron hasta que, finalmente, Lázaro se vio sumido en calambres y lágrimas. En verdad, conocía la semilla de su hilaridad y se divertía abiertamente con ella. Las miradas descaradas de las gaviotas eran tan amplias y vacías como las de los murciélagos de Mountain Mouth ; eran la misma boca abierta que la de la rata que Fray Clodio persiguió por las catacumbas de la abadía; y quizás reflejaban la misma mirada boquiabierta del propio fraile cuando Lázaro vació el cubo de la ropa sucia sobre sus sandalias. En conjunto, tanto recordadas como reales, sus miradas Parecían transmitirle a Lázaro los estados simultáneos pero discordantes de determinismo e indiferencia. Si no hubiera encontrado inicialmente la semilla del humor en sus amplias y frías miradas, podría haberse sentido abatido al volar entre semejante bandada de ojos huecos y ardientes. Sin embargo, mientras seguía adelante, entabló un diálogo íntimo con su grupo de acompañantes, contándoles secretos que las gaviotas no podrían repetir ni comprender.

Compartió con los pájaros verdades que solo había confesado a los murciélagos de Mountain Mouth. De hecho, sentían mucha curiosidad y eran receptivos hacia Lázaro; todos ellos estaban muy interesados con su discurso continuo. Y ocasionalmente, estallaban con un graznido, caw, comunitario, o arrullar, para expresar una opinión común o una contradicción.

Finalmente, sin embargo, las gaviotas parecieron cansarse de su compañía y se dispersaron. La bandada se redujo y la luz del cielo nocturno iluminó sus alas agitadas. Aún más se fueron, dispersándose en bandadas para dejar al descubierto la tierra ondulada bajo los pies de Lázaro. La bandada restante se dispersó abruptamente, dejando a Lázaro volando solo. Y con la pared de gaviotas frente a él desaparecida, sus ojos encontraron un horizonte sur inesperado y muy diferente al que recordaba; pues vio que su nueva forma no era otra cosa que un paisaje panorámico de horror. Se inclinó hacia atrás, agitó las alas y se detuvo bruscamente para mantenerse suspendido en el aire. Pisó el aire, sintiéndose anormalmente pesado. Era como si la sangre de su vida se hubiera drenado de sus venas, como si sus propios huesos hubieran adquirido la gravedad de la piedra. Y en ese momento inquietante, mientras Lázaro creía experimentar toda la fuerza del suelo, absorbió la enormidad del espectáculo aparentemente inexplicable que te La faz de la tierra pareció rendirse ante una inmensa lámina de cristal negro que prácticamente sumió al mundo en el olvido. Fue un espectáculo sobrecogedor de vacío aparente e infinito que solo Noé pudo haber conocido.

Gracias a sus recuerdos superpuestos de los mapas de la Abadía y la distancia medida que volaba, Lázaro sabía que ya había llegado al Golfo de León; sin embargo, jamás imaginó que su extensión sería tan inmensa, semejante al león del océano que ahora parecía. Nuevas preocupaciones lo invadieron. Encogió los hombros y se lanzó en espiral, siguiendo a sus amigos alados hasta una línea de rocas costeras que separaban la tierra del mar. Se posó entre los pájaros en tierra, sobre una losa ancha y desgastada. Las gaviotas se quejaron y batieron sus alas. Picotearon sus botas, tal vez creyendo que había venido a robar el cadáver varado de un pez de ojos hundidos, que ellas custodiaban. Lázaro se puso en cuclillas y apoyó los brazos cansados sobre las rodillas. Gotas de sudor le corrían por el cuerpo, inclinándose hacia atrás con el viento que soplaba tierra adentro. Con las alas extendidas a su espalda, respiraba con dificultad, como un pájaro acalorado. Allí, sobre una pequeña meseta de piedra, se recompuso. Observó cómo las mareas se agitaban entre las rocas, rociándolo con una bruma salobre. Estudió la orilla, donde una capa de espuma marina subía y bajaba con cada nueva ola. Cerca de allí, parte de un caparazón de cangrejo flotaba sobre un trozo de madera a la deriva que se balanceaba apresuradamente entre un estrecho espacio de rocas. Contra las rocas, densas hebras de algas se movían al unísono con las corrientes del agua. Junto a Lázaro, las gaviotas finalmente se habían centrado en sí mismas, peleando por el ca Y mientras la fresca brisa del golfo secaba sus alas húmedas, Lázaro cerró los ojos y

Grabados en la memoria eterna, los sonidos y olores recién experimentados de un océano.

En su interior, la inquietud que antes bullía se convirtió en una voz insistente de protesta que resonaba al compás de las negras aguas que lo rodeaban. Repasó mentalmente los mapas de la abadía y recordó que, en su viaje planeado para rescatar al fraile, debía cruzar el golfo de León al anochecer y llegar a la isla de Córcega, donde buscaría refugio de la luz del día. Inicialmente, la hazaña parecía bastante factible, ya que sabía que podía volar la distancia. Sin embargo, la vista del mar desde una altura tan grande como la de un pájaro, donde presencié su aspecto tan magnífico e increíblemente monstruoso que engullía cada detalle terrenal en lo que parecía ser un simple estiramiento hacia el infinito, hizo que la hazaña pareciera más impensable que alcanzable. De hecho, la voz insistente se quejaba con razón, pues ahora le revelaba a Lázaro la inquietante idea de que cruzar el océano no era simplemente una hazaña de vuelo, de la que tanto dependía para sobrevivir. Después de todo, la voz sabía que Lázaro podía volar durante toda una noche; sin embargo, no podía nadar ni por un instante.

Lázaro se balanceó hacia adelante, se arrodilló y se dejó caer sobre sus talones. Miró más allá de las olas e inspeccionó un oscuro horizonte oceánico que parecía fundirse con un cielo tenue. El extenso paisaje marino negro tenía toda la apariencia de un abismo sin fondo ni límites, y reflexionó que incluso las nubes podrían ser incapaces de cruzar semejante vacío. Dirigió su atención al cielo del suroeste, donde relámpagos centelleaban en la distancia. Luego suspiró y se puso de pie mientras se despedía solemnemente de las gaviotas. Desplegó sus alas, alzó el vuelo, dio una vuelta y se dirigió al este, dando la espalda a un escenario luna.

Durante el resto de la noche y hasta bien entrada la madrugada, Lázaro siguió al sur costa de Francia. Con los mapas de la abadía grabados en su mente, le sirvieron de guía hacia la ciudad portuaria oriental de Marsella. Mantuvo el mar a su derecha y la tierra a su izquierda, incluso cuando un viento cruzado constante del sur parecía decidido a empujarlo hacia afuera. a un océano amenazador. Y para Lázaro, el océano parecía cada vez más un abismo infernal, un gran agujero negro hambriento que se burlaba de él, desafiándolo a cruzarlo. A medida que avanzaba, los vientos cruzados se debilitaron y cesaron antes de que una brisa salobre soplara tierra adentro para contrarrestarlos. Sin embargo, los vientos beligerantes ya habían afectado sus alas, y Lázaro dirigió su atención al suelo, donde podría encontrar un refugio adecuado de los primeros rayos del día.

Aún lejos de Marsella, Lázaro descendió sobre un pintoresco pueblo portuario y rodeó

El camino se fue ensanchando gradualmente sobre los tejados de paja hasta que encontró, en el extremo oriental más remoto de la ciudad, las aparentes ruinas de una antigua catedral, encaramadas en la cima de una colina ancha y rocosa. Tras una inspección más minuciosa, vio todo lo que quedaba de la estructura alta y sin techo, con muros chamuscados y parcialmente derruidos que dejaban al descubierto un suelo de losas. Sin embargo, descubrió que aquel lugar de culto aparentemente muerto escondía algo más. Enclavada entre sus fortificaciones en ruinas, una curiosa estructura, parecida a una iglesia recién construida, se alzaba sobre una parte de las losas del suelo. La iglesia más nueva era completamente de madera, salvo un muro exterior de piedra que compartía con la antigua catedral. En conjunto, aquel aparente fragmento de madera podría haber simbolizado una semilla lista para brotar, atrapada en el vientre de una flor marchita por el invierno. Y aparte de un perro que cargaba huesos y cojeaba por un extenso cementerio que ocupaba la ladera este de la amplia colina, Lázaro encontró los alrededores inmediatos de las ruinas prácticamente desolados.

Se sentó entre los muros derruidos de las ruinas, apoyando suavemente sus botas sobre las losas cubiertas de maleza. Lázaro hizo una mueca, plegando con cuidado sus alas desgastadas antes de adentrarse en las sombras. Apenas se acercó a la rudimentaria iglesia cuando vio sus ventanas altas y estrechas y se dio cuenta de que el edificio era totalmente inadecuado para el refugio que buscaba. Lázaro se dio la vuelta y pasó por una abertura en el viejo muro. Luego, fuera de las ruinas, siguió la longitud del muro, caminando entre piedras caídas y maleza alta, hasta que dobló su esquina exterior y encontró, escondido entre la maleza y cubierto de enredaderas, un gran y estrecho contenedor de almacenamiento. La parte trasera más alta de la caja adosada estaba pegada al muro del antiguo templo. Su parte frontal inferior daba a la colina que se extendía hacia atrás, cubierta de lápidas apiñadas y decrepitas. Lázaro apartó la maleza, levantó la tapa desgastada de la caja y miró dentro. Aparte de algunos mangos de herramientas rotos, varios sacos de cáñamo podridos y terrones de barro seco dispersos, el interior parecía lo suficientemente espacioso para su planeada corta estancia. Se deslizó dentro de la caja, cerró la tapa, reorganizó sus pertenencias y cerró los ojos ante el amanecer de un nuevo día. Y el Tiempo regresó a su mundo de sueños.

De hecho, el contenedor era de buena construcción, con paredes sólidas y una tapa lisa para proteger a Lázaro de la luz del día. Sin embargo, como la buena fortuna a menudo exige un precio por los servicios prestados, la misma caja que mantuvo vivo a Lázaro podría haber servido fácilmente para... como su ataúd. Si el cielo del día siguiente hubiera estado despejado, sin duda habría perecido. El sol de la mañana calentó la caja, despertando a Lázaro para que considerara su inmediato destino. Se revolvía en el sofocante contenedor, luchando por respirar el aire viciado y caliente del interior. Y en su situación ineludible, tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre un destino. grave error: se acostó dentro de una caja de madera que miraba directamente al este. Aun así, El sol ascendió a los cielos como un dios de fuego enfurecido, buscando debajo de sí mismo todo.

para que se consumiera y se marchitara.

Al mediodía, Lázaro sufría una agonía que oscilaba entre fuertes náuseas y una terrible sensación de malestar. Una y otra vez, los gritos del pescador resonaban en sus oídos: «¡Lázaro, abre la puerta! ¡Por Dios!».

Entraba y salía de la consciencia, su mente dividida, su cuerpo azotado. Como un péndulo de tortura, el horrible suceso persistía, entrando y saliendo, entrando y saliendo. Como un reloj, con cada espiral mental hacia el olvido, su cuerpo lo despertaba a dolores aún mayores. Y en esos momentos más tortuosos de consciencia, cuando el dolor podría haber aumentado hasta burlarse de la fragilidad de su propia mortalidad, Lázaro solo podía aferrarse a la cruz de oración de su padre con manos temblorosas y suplicar otro período de inconsciencia. Sin embargo, ninguna piedad cayó sobre él; nada cayó, salvo el continuo ardor de un sol implacable.

Lázaro sintió que se acercaba a la muerte antes de que el sol comenzara su descenso hacia el oeste. Las largas sombras de las ruinas de la catedral finalmente se extendieron sobre el contenedor. El aire abrasador de la caja se suavizó cuando el crepúsculo tiñó las nubes de tonos rojizos; y Lázaro emergió de sus sueños vertiginosos solo cuando el crepúsculo más profundo se posó en el cielo. El fresco resplandor de un millón de estrellas y un atisbo de luna calmaron la tierra. Lázaro yacía jadeando sobre sacos de arpillera empapados. Su cabeza daba vueltas con un zumbido, que ahora parecía entrelazado con voces indistintas. Finalmente, el zumbido en sus oídos disminuyó aunque las voces persistieron y, cuando el Delirio y la Realidad finalmente se separaron en su mente, discernió que las voces pertenecían a la de una conversación notablemente acalorada. Se giró de lado, levantó la mano, deslizó los dedos entre la tapa y el marco del contenedor; y con la tapa entreabierto, una ola de aire fresco se derramó sobre él. Permaneció inmóvil, con el oído atento para escuchar el resto de la conversación. Las voces parecían llegarle desde lejos, tal vez desde la ladera de la colina, en lo profundo del cementerio. Y había algo extraño en aquel diálogo —por confuso o inconexo que fuera— que le preocupaba pr

Escuchó atentamente mientras una voz varonil suplicaba en voz alta: “¡Escúchame! ¡Un momento más, te lo ruego!”. Siguió una pausa prolongada.

«Un momento más tendrás. Date prisa en marcharte». La respuesta antinatural, semejante a la voz de Lucifael, hablaba con las voces sincronizadas de muchas mujeres a la vez. Sin embargo, esta voz de otro mundo parecía claramente diferente, quizás más suave y refinada, pero a la vez severa y correcta, mientras se desvanecía en llamadas que parecían ecos invertidos.

Lázaro se tensó; su respiración se aceleró. Si la inquietante respuesta no hubiera sido tan grave y entrelazada con voces masculinas, la expresión podría haber provenido de Lucifael.

ella misma. Pero las palabras no eran suyas; solo parecidas a las suyas. Lázaro levantó la tapa aún más y miró hacia el cementerio iluminado por la luna.

—¿A solas, si me lo permiten? —imploró la voz suplicante.

A lo que la voz angelical respondió: “No te demores demasiado”.

Destellos de luz iluminaban el susurro de las hojas y las malas hierbas. En una ráfaga de viento que agonizaba, una nueva oscuridad y un silencio se apoderaron del cementerio.

Las pupilas de Lázaro se dilataron. Recorrió el lugar con la mirada antes de escabullirse del contenedor de almacenamiento.

Miró al cielo, que lo llamaba a volar; sin embargo, la abrumadora curiosidad que lo atormentaba lo paralizó: esa voz extraña pero familiar, parecida a la melodía, pero distinta al tono de su madre. En ese mismo instante, Lázaro recordó las palabras de su padre, advirtiéndole que se mantuviera alejado del peligroso Túnel de Benión; aun así, reconoció que, de no haberse aventurado por ese túnel prohibido, no habría aprendido sobre la escritura angélica ni los Rollos de Naramsin. Y, por lo tanto, no habría obtenido ese valioso conocimiento sobre sí mismo, sus orígenes ni sus familiares Eljo. En efecto, no podía apartarse fácilmente del cementerio y de su voz desconocida, cuando aún más de ese conocimiento singular podría estar a solo unos pasos.

Bajo el manto de la oscuridad, se deslizó ladera abajo, reservando su presencia solo para las sombras más profundas. No pisoteó ramas quebradizas ni piedras sueltas, mientras pasaba silenciosamente por tumbas descuidadas. Trazó un camino irregular y sigiloso hacia el corazón del cementerio, y a una sombría arboleda de robles antiguos donde vio un resplandor etéreo y verdoso que brillaba entre la maleza. Al acercarse a los árboles desde detrás de una pequeña elevación, escuchó claramente el murmullo ininterrumpido de la misma voz varonil que una vez imploró a la otra voz de muchos hombres. Como un fantasma, Lázaro ascendió por la parte posterior del terraplén, con los oídos erguidos y atentos a la voz solemne que susurraba: «Aunque toda la tierra pase, yo permaneceré Mi amor. Ay, el buen Ángel ya sabe cuándo y dónde encontrarme, y ya no puedo mostrarme como antes. Él conoce nuestros aniversarios. Aun así, te doy mi palabra, completa y eternamente, de que perseveraré y prevaleceré. Como mi corazón es fiel, te visitaré con más frecuencia, pero con renovada discreción y sin que te des cuenta. Eres mi bendición, mi amor, y el único Cielo que anhelo conocer.

Lázaro apartó la maleza y se agachó al acercarse a una lápida derruida. Miró más allá de las piedras y un resplandor verdoso bañó su rostro, estrechando sus pupilas.

agujeros de alfiler mientras contemplaba un espectáculo aparentemente inusual. Ante él, una imagen fantasmal de un hombre se arrodillaba al pie de un par de tumbas marcadas, dándole la espalda. Las dos tumbas yacían encerradas dentro de una parcela más grande delimitada por piedras y cubierta de maleza. Surgiendo de la maleza Y en el centro de las dos lápidas, un pilar de piedra mucho más alto, pero más estrecho y ricamente tallado, lucía los grabados de lo que podría ser un escudo familiar, con el nombre grabado verticalmente de forma prominente y recta debajo: *~M EDICC I~*. Lázaro se inclinó hacia las sombras de la lápida mientras el Espectro se ponía de pie, se giraba y escudriñaba el terreno. Entonces Lázaro lo vio todo.

El rostro era el de un hombre joven y apuesto —quizás de mediana edad— con cabello hasta los hombros y una barba angular bien recortada que delineaba una mandíbula cuadrada; el Espectro vestía con distinción, una capa completa sobre un atuendo novedoso, su túnica sobre los hombros recogida holgadamente como una cortina contra la parte superior de sus botas con cordones altos. A través de la percepción divinamente mejorada de Lázaro, mientras escudriñaba la oscuridad de la noche, y cada vez más profundamente más allá de sus límites, y aún más profundo, a través del ébano siempre agitado Entre las brumas del reino etéreo y místico de fantasmas y espíritus, almas errantes y extraviadas, cada faceta del rostro del Fantasma parecía tan brillante y translúcida como el resto de su forma verdosa y resplandeciente.

Lázaro entró en el claro y llamó a la aparición: "Saludos, señor".

El Espíritu se giró parcialmente y se quedó inmóvil por un instante, con la mirada baja, como si contemplara una presentación inesperada. Luego se volvió hacia Lázaro. El hombre translúcido se tocó el pecho y preguntó: «¿Te diriges a mí?».

—Sí —respondió Lázaro con una sonrisa acogedora y una breve reverencia.

—¿Puedes verme? ¿Y oírme? —preguntó el Espectro, incrédulo.

Lázaro asintió. "Puedo". Caminó de un lado a otro y se detuvo.

“Nunca había visto a nadie como tú. ¿Qué clase de demonio eres?”

La sonrisa de Lázaro se desvaneció. «No soy un demonio, soy un hombre volador. Soy Lázaro Gogu».

El Fantasma se acarició la barbilla y observó a Lázaro. «Tú afirmas eso». Luego negó con la cabeza con aparente incredulidad y añadió: «Sin embargo, no percibo nada en ti, absolutamente nada ».

Lázaro perdió por completo la sonrisa. Respiró hondo y reprendió al Fantasma: «Y puesto que puedo ver la lápida justo detrás de ti, claramente a través de ti, parece que también queda poco de ti».

El rostro del hombre frunció los labios y admitió la afirmación con un solemne asentimiento. “¿Eres un espíritu, una especie de alma?” , preguntó Lázaro, intentando apaciguar la discordia.

La aparición se presentó con los brazos abiertos, declarando: “Como ya habrás comprendido, soy yo”. Con la misma brusquedad, el fantasma bajó los brazos y le informó fríamente: “Y si estás aliado con el Infierno, tal vez deberías informar a tus principales ancianos y subordinados que esta alma ya ha sido reclamada y se encuentra en la compañía de los ángeles del Cielo que la esperan”. escolta.”

Lázaro se defendió con firmeza: «No estoy aliado con el infierno, ni pretendo conspirar contra el Señor Dios Todopoderoso».

El Fantasma lo escudriñó con una mirada penetrante antes de preguntar: «Entonces, ¿acaso estás aliado con el Cielo?». El Espíritu asintió, confirmando su sospecha. «Si es así, ya deberías saber que pedí un momento a solas para presentar mis últimos respetos. Sin embargo, aquí estás. ¿Por qué tienes que espíarme en secreto, para que no creas que huyo?». La Aparición ladeó la cabeza mientras una repentina expresión de perplejidad se reflejaba en su rostro. «¿Y qué clase de siervo divino eres tú —como nunca antes he conocido— que se presenta en forma de demonio y se dirige a un Espíritu errante con amable respeto, siendo ni diablo ni ángel?».

—Solo soy Lázaro, y no te veo —dijo Eljo—. Perdona mi intromisión, si me lo permites. Solo estaba descansando allí —dijo Lázaro, señalando hacia la colina y hacia...

Las ruinas de la catedral mientras continuaba su confesión: «Cuando escuché la voz de... la voz de muchos hombres, hablando al unísono. Entonces vi un resplandor entre las lápidas y seguí tu voz. No tenía malas intenciones».

Una nueva expresión de duda apareció en el rostro del Fantasma. —¿Estabas descansando? ¿En un cementerio? ¿Entre los muertos? —El Espectro se cruzó de brazos, asintió y preguntó más. “¿Y por qué viniste a descansar en este cementerio en particular?” “Lo encontré de pasada. Estaba cansado. Viajo a Italia.”

Sin estar convencida, la Aparición respondió: «Y se me llama a viajar al Cielo. No me alarmaría tanto descubrir que mi desconfiado escolta me está vigilando —y a ti— en este preciso instante, en caso de que intente huir o convertirme en prisionera del Infierno. ¿Qué te parece?». El Fantasma le dio la espalda y miró hacia la tumba, completamente inmóvil, mientras miraba por encima del hombro como si esperara una respuesta.

Pero Lázaro se volvió y se dispuso a marcharse, diciendo por última vez: «Debo desearte buena suerte; sin embargo, a la luz de tal bendición divina que te ha sido concedida, con tu llamado...» Al cielo, no puedo ofrecerte una mayor bendición. Me alegra haberte conocido, aunque solo sea por eso.

Brevemente. Perdóneme y buenas noches, señor.

Lázaro entró en la oscuridad y caminó hacia el terraplén cuando el Fantasma bramó: "¿Una bendición otorgada?"

Se detuvo, se volvió y le preguntó al Espíritu: "¿No te complace estar en camino?"

—¡De ninguna manera! —exclamó el Fantasma. Resopló y refunfuñó—. ¡Es algo terrible!

Lázaro se apartó de la maleza y esquivó una tumba. Regresó, ahora

desconcertado, y le preguntó al Espectro: "¿Cómo puede el Cielo ser algo tan terrible?".

El Fantasma miró la tumba antes de acercarse a Lázaro con un rostro aparentemente atormentado por la emoción. Se detuvo frente a Lázaro y lo escrutó a los ojos. "Porque a mí se me concedió el Cielo y a mi querida Sofía no". El Fantasma negó con la cabeza. "Durante más de dos

Durante cien años he luchado contra la voluntad y las habilidades de los ángeles para permanecer, vagar por el mundo como un alma perdida, para que los últimos recuerdos de mi esposa permanezcan vivos en mí. No pretendo ir con este Ángel. Solo he venido a presentar mis respetos a mi querida Sofía una vez más . día de su nacimiento. El Ángel sabe que me encontrará aquí cada año y espera mi regreso religioso. Y cada año, revivimos el mismo encuentro: yo vengo, ella me atrapa, le rindo homenaje mientras el Ángel espera, y luego huyo una vez más. Creo que es más por compasión que por estupidez que nunca me ha perseguido; aunque podría hacerlo algún día, o incluso ahora. Debería escabullirme de nuevo, rápidamente. El hombre hueco apartó la mirada y se quedó mirando.

A través de los árboles, hacia las ruinas de la catedral donde sabía que se encontraba el ángel en espera.

Lázaro siguió la mirada del Fantasma . Luego dijo: «Lamento oír eso». Permanecieron en silencio, contemplando los restos del templo.

El fantasma lo miró y suspiró. "Soy yo quien debe pedirle perdón. Yo, injustamente, Sospechaba que eras portador de mala voluntad; y no tengo dónde abrumarte con mis penas. El Espíritu respiró hondo, asintió y esbozó una sonrisa cortés. Extendió una mano invitando a la gente hacia la lápida, diciendo: «Permítanme presentarles a mi señora Sofía y a mí; aquí descansamos».

El Fantasma miró fijamente a Lázaro antes de hacer una breve reverencia de presentación. «Soy el difunto Lord Gregorie Medici, antes florentino. Es un placer conocerte, Lázaro Gogu».

Lázaro sonrió y devolvió la reverencia. «Su Gracia, el honor es sin duda mío».

—¿Y qué te trae a Italia, jovencito? —El fantasma de Medici se arregló la capa y se inclinó para inspeccionar las alas recogidas de Lázaro.

Lázaro respondió con cautela: "Debo encontrar un hombre y acompañarlo de regreso a Francia".

“Si se me permite preguntar, ¿con qué propósito?”

Lázaro apartó la mirada. —No debo hablar de ello; perdóname.

Medicci cruzó los brazos. Sus codos ensancharon la capa que lo cubría. Se inclinó hacia adelante, sonrió con sorna y preguntó en voz baja: "¿Hay algún secreto tan grave que no se atreva a susurrarlo?".
¿Incluso para los muertos?

Lázaro lo examinó, se encogió de hombros y negó con la cabeza. «Tal vez no». Le reveló su misión: «Se ha abierto una Puerta. Busco un fraile en Italia que pueda cerrarla».

Medicci retrajo la barbilla, aparentemente perplejo, mientras preguntaba: "¿Gatestone?".

Lázaro balbuceó una explicación adecuada. «Es una especie de sello, una puerta de entrada a... bueno, al infierno».

Medicci abrió mucho los ojos. Recorrió con la mirada el cementerio, buscando quizás al buen ángel que esperaba, antes de acercarse a Lázaro y susurrar con vehemencia: «Repítele, ¿una puerta?».

Lázaro asintió. Sus ojos también recorrieron el lugar, como si buscara con ahínco cualquier señal sutil de su Madre o de un Monstruo. Luego comenzó a explicar en un susurro: «Es una puerta al Infierno que ahora está entreabierta. Juré encontrar al fraile y enmendar esta injusticia. Mi palabra es una promesa sagrada y cumpliré fielmente esta última petición, mientras me sea posible; pues mi fe me exige nada menos que verla cumplida: una promesa sagrada hecha y cumplida».

Medicci se abalanzó y agarró a Lázaro por los hombros. "¿Qué clase de puerta? ¡Cuéntanos!"

Lázaro se apartó, pero el gélido agarre del Fantasma permaneció firme sobre él. "¿Pueden los espíritus atravesarlo?"

Lázaro observó el puño cerrado del Fantasma sobre su camisa. Debajo, un escalofrío paralizante le recorrió el brazo, como si su carne y sangre se enfriaran rápidamente hasta los huesos. Admitió: «Los espíritus han escapado de ella. Supongo que también podrían atravesarla».

Un repentino aire de desesperación ensombreció el semblante de Medicci. Volvió a echar un vistazo cauteloso por encima del hombro y apretó el puño. "¡Debes llevarme a esta Piedra de la Puerta!"
—Debo encontrar al fraile, que está en otro lugar —respondió Lázaro con firmeza, mirando fijamente el abrazo algo brusco del Fantasma—. No me dirijo a la Piedra de la Puerta de la que hablo.
“Entonces, debes hacerlo: primero, encuentra a tu fraile en Italia. Después, me acompañarás hasta la Piedra de la Puerta, ¿de acuerdo?”

Lázaro apretó la mandíbula. Observó las ruinas que dominaban la amplia colina. "¿Y qué hay del ángel que espera?"

El Fantasma lo sacudió. “¡Puede esperar un momento más, como siempre lo hace! ¡Aquí no hay tiempo que perder! ¡Debemos huir de inmediato!”

Lázaro frunció el ceño y se zafó del gélido agarre del Espectro.

Medicci soltó las manos de repente. «Perdóname, Lázaro; me embarga la pasión». Retrocedió, hizo una reverencia y preguntó amablemente: «¿Puedo acompañarte en tu misión? No me faltará nada y te causaré aún menos molestias».

Lázaro se frotó el brazo para calentarlo. Asintió. —Si quieres.

Medicci sonrió secamente y le imploró: "Entonces le ruego que nos retiremos, y lo antes posible".

Lázaro suspiró y admitió: «Su Gracia, no estoy seguro de poder siquiera hacer el viaje a Italia y regresar». Señaló las ruinas del templo. «Sin embargo, un ángel la espera; su Cielo está aquí, en este mismo instante».

Medicci negó con la cabeza. "Eso está muy lejos de la verdad; si dices la verdad, entonces mi Cielo se encuentra solo más allá de una Piedra de Puerta", El Espectro extendió una mano abierta hacia el cielo nocturno. "Ahora, ¿podemos ponernos en marcha? ¿Sí?"

Juntos, Lázaro y Medicci abandonaron el robledal y se adentraron en los cielos, dejando a su paso un par de tumbas antiguas y un ángel desprevenido.

~*~

Durante el resto de la noche, Lázaro y Medicci mantuvieron un rumbo fijo sobre el sureste de Francia, sobrevolando las onduladas colinas del Macizo de los Maures. Avanzaron con paso firme hacia las ciudades costeras gemelas de Saint-Raphaël y Saint-Tropez, que Lázaro recordaba de los mapas de la abadía. Aunque intercambiaron pocas palabras, no dejaban de mirar con recelo por encima del hombro en busca de señales de un ángel que los persiguiera o de un Demonio-Cerdo volador. A pesar de sus diferencias físicas, su comportamiento cauteloso podría haber sugerido un hilo conductor entre ellos: compartían las mismas preocupaciones primarias como presas a la caza.

Era temprano por la mañana cuando Lázaro finalmente llegó al océano. Con tiempo de sobra, viró hacia el sur y siguió la costa en busca del pueblo de Saint Maxime, donde podría orientarse con los numerosos mapas que tenía en mente. Recorrió la costa hasta que no pudo buscar más; y sabía que no encontraría el pueblo antes del amanecer.

Se zambulló y se desplomó sobre un tramo de playa que rodeaba una cala apartada tierra adentro. Yacía boca abajo en la arena, jadeando, con las alas extendidas como las de un pájaro herido. Medicci se posó a su lado. —¿Qué te pasa? ¿Estás cansado?

“No puedo continuar; debo comer.” Lázaro gimió, permaneciendo inmóvil.

—¡Ah, ese ! —exclamó Medicci con una expresión que parecía confirmar su recuerdo, mientras señalaba con el dedo. Juntó las manos y caminó alrededor de Lázaro, sin dejar huella en la arena—. Doscientos años después de mi muerte, casi había olvidado los dolores del hambre.

—Se arrodilló junto a Lázaro—. En efecto, debes comer.

Lázaro se incorporó, con las alas desplegadas con pereza. Se sacudió la arena de la cara y alzó la vista para encontrarse con Medicci, que inspeccionaba una cresta rocosa en el perímetro de la cala. El hombre translúcido escudriñaba la cima de la cresta, con la mirada perdida entre la maleza. Lázaro observó su mirada fija y penetrante, que parecía escudriñar las distancias más lejanas y tal vez contemplar la eternidad. Sin pestañear, el Fantasma murmuró: «Espere aquí, joven, y saciaré su hambre». Y antes de que Lázaro pudiera pronunciar palabra, la etérea figura de Medicci se desvaneció.

Medicci dejó a Lázaro muy atrás y se alejó de la cala con tal rapidez que hizo que incluso el tiempo mismo pareciera desvanecerse. Al instante, se posó en una loma cubierta de hierba, donde apartó cuidadosamente la maleza y fijó la mirada de un cazador en un conejo que permanecía inmóvil en un claro. El conejo miraba fijamente al cielo como si estuviera congelado ante la presencia de un ave de rapiña. De repente, sobresaltado, corrió hacia la aparente seguridad de los matorrales cuando Medicci atrapó a la liebre y le rompió el cuello. En un destello verde, el Fantasma recorrió la cresta, recogió un manojo de zarzas y regresó de donde estaba. vino.

Lázaro se quedó de pie sobre la arena del mar, mirando fijamente el lugar donde había visto a Medicci por última vez. Sin embargo, solo se veían las olas del océano. Se dio la vuelta y examinó la cresta de la cala antes de gritar con la mano ahuecada: «¿Su Gracia?». Aguzó el oído y escuchó sonidos en los matorrales lejanos, oyendo solo el chasquido de escarabajos y el zumbido de pájaros inquietos. «¿Lord Medicci?». Un crujido extraño y efímero llamó su atención a sus espaldas. Se giró, jadeó, dio un salto hacia atrás y cayó sobre la arena. Ante él, Medicci estaba de pie con un puñado de leña, un conejo flácido y una amplia sonrisa.

Medicci se acercó a Lázaro y le dijo sin rodeos: «Si no me falla la memoria , este plato será más que suficiente para un hombre de tu apetito voraz». Levantó la liebre y la sacudió suavemente como para calcular su peso, y añadió: «Un buen festín, ¿verdad?».

Lázaro recobró la compostura y se puso de pie. —Estuviste allí, y luego no, y luego de nuevo...

apareció.” Se sacudió la arena mientras preguntaba: “¿Cómo te deshiciste y te rehiciste como lo hiciste?”

Medicci bajó el conejo y rió entre dientes, respondiendo proféticamente: “Los muertos no son como incapaz como los vivos podrían sospechar.” El Fantasma arrojó la leña y el conejo a la playa y le indicó amablemente a Lázaro que retrocediera. Lázaro obedeció y observó cómo la Aparición parecía transformarse en una mancha de movimiento antinaturalmente rápido; y en un abrir y cerrar de ojos, el Fantasma había convertido la leña en un fuego crepitante, despellejado al conejo, limpiado y presentado a Lázaro una liebre ensartada. “Bueno, adelante”, insistió, sacudiendo la rama curvada con la carne asada. “ No esperas que también te la ase, ¿verdad?”

Lázaro avanzó, sin perder de vista a Medicci mientras le arrebatava el pincho. Medicci sonrió con indiferencia y se sentó en la playa. Miró a Lázaro, que permanecía inmóvil, y señaló el fuego, susurrando con ingenio: «Debes sostenerlo sobre el fuego ahora, Lázaro. El fuego lo prepara».

Lázaro se sorprendió mirando fijamente a Medicci. Murmuró y se sentó junto al fuego, diciendo en defensa de sus habilidades: «Sé cómo prepararlo». Balanceó el conejo sobre el fuego y miró a Medicci, que sonreía con sorna. Entonces le preguntó al Fantasma: «¿Cómo te mueves con tanta rapidez? ¿Cómo puedes hacer que sucedan estas cosas?».

Medicci arqueó una ceja con una expresión astuta. Observó fijamente a Lázaro antes de sugerir: «Quizás la muerte sea otra faceta de la vida, y la atemporalidad sea una de sus muchas características». Medicci le dio un momento para reflexionar antes de suavizar el ambiente con una sonrisa amable.

Lázaro respiró hondo y bajó la mirada hacia el conejo que se asaba. —Si me lo permites, cuéntame el secreto. ¿Cómo hiciste la liebre?

El Fantasma se inclinó hacia adelante y fingió mirar a su alrededor en busca de miradas indiscretas antes de señalar debajo de su capa y susurrarle a Lázaro: «En realidad no lo hice yo. La magia consiste en que escondo liebres debajo de mi capa».

Lázaro inspeccionó al Fantasma por completo. «Sin embargo, puedo ver claramente a través de tu capa; y no había liebres».

Medicci resopló, riendo y admitiendo: “Es broma, no había ninguno”. Se recompuso a medias y le explicó la verdad a Lázaro. “No hubo magia en ello”. Se encogió de hombros, extendió las manos abiertas y comentó: “Simplemente te presenté una liebre que no era evidente para ti”. Negó con la cabeza. “Ciertamente no fue ningún acto de magia”.

brujería; en realidad no la hice yo .

Lázaro entrecerró los ojos y lo reprendió: «Pero te vi sin nada en las manos, y luego sostenías una liebre. ¿Acaso no recurriste a algún tipo de brujería o encantamiento para hacer aparecer la liebre de la nada?».

—No, joven —respondió Medicci, recostándose sobre un brazo y apoyando el otro sobre una rodilla recién levantada—. Permítame compartir con usted lo que he aprendido sobre magia y milagros. Hizo una breve pausa y contempló la arena como si rememorara recuerdos del pasado. Respiró hondo y continuó, con un tono de voz más grave: «En mis días terrenales, he presenciado muchas acusaciones de magia y hechicería, e incluso más afirmaciones de bendiciones y milagros. Y como antiguo practicante de las artes de la alquimia y la fisonomía mortal, he tenido tanto la obligación como la oportunidad de disipar tales acusaciones y afirmaciones mediante el descubrimiento, la observación atenta y la verdad documentada. Mi vida era mi trabajo; vivía por él. Dicho esto, me mantuve fiel a mi fe y mis convicciones, y siempre supe que existía una explicación razonable para un suceso que de otro modo sería inexplicable. En mis años como médico, atendí a muchos pacientes, algunos de los cuales sufrían dolencias menores y murieron inesperadamente, y otros, que estaban mortalmente enfermos y aun así sobrevivieron. Y a todos mis pacientes les brindé el mismo cuidado meticuloso e imparcial, sin importar su condición». Medicci miró fijamente a Lázaro y sonrió antes de preguntar: «Ahora bien, ¿por qué supone usted que los supervivientes de aquellos pacientes que murieron inesperadamente me acusaron de negligencia grave o asesinato, mientras... Otros que se enteraron de que mi paciente había sobrevivido inesperadamente, me acusaron de brujería, ¿O desestimó por completo mi tratamiento y alegó que la curación se debía a la intervención divina?»

Lázaro se encogió de hombros. «No estuve contigo cuando cuidabas de esta gente. Quizás los demás, de los que hablas, tampoco estaban contigo. O tal vez no sabían del todo qué esperar de ti». Asintió y entrecerró los ojos. «Sin embargo, te vi hacer aparecer la liebre de la nada, y no creo que haya sido por intervención divina ni común. Sé que uno no saca una liebre del aire fácilmente; y Dios Todopoderoso no interviene solo para realizar trucos. Entiendo que solo queda la hechicería, que afirmaste no haber usado. Si no mientes, ¿podría haber otra causa?».

—En efecto, lo hay —respondió Medicci sonriendo—. Y has respondido a mi pregunta: aquellos a quienes mencioné no sabían del todo qué esperar. Medicci se encogió de hombros. —En verdad, nunca estamos realmente preparados para experimentar lo extraordinario; podemos

Simplemente debemos prepararnos para lo inesperado. Y si, por casualidad, ocurriera, podríamos explicarlo fácilmente para que pareciera más común, sobre todo recurriendo a argumentos divinos o de brujería; magia, o incluso hechicería. Observó brevemente el rostro inexpresivo de Lázaro . «Sin embargo, todos estos argumentos parecen tener el mismo propósito: descartar una explicación más compleja de combinaciones excepcionales de eventos que, por lo demás, son extraordinariamente comunes, pero que rara vez están interconectados».

Lázaro comentó: «No lo entiendo, Su Gracia». Se balanceó hacia adelante y rodó el conejo sobre el fuego. «Sin embargo, sin parecer demasiado simple o inconexo, ¿podría preguntarle cómo hizo aparecer el pelo?».

Medicci afirmó: "Para ti, puede que solo te haya parecido una apariencia; sin embargo, en realidad, yo la traje de lejos".

—¿Lo trajiste? ¿Desde lejos? —Lázaro lo miró con incredulidad—. Sin embargo, desapareciste y reapareciste enseguida. No tuviste tiempo de ir a buscar nada.

—¿O no? —Medicci soltó una risita—. ¿Qué son los momentos para los muertos, jovencito?

Lázaro preguntó: "Si me permite preguntar, Su Gracia, ¿por qué me responde con preguntas, no sea que... ¿Ocultar tus respuestas?"

—Tal vez los proteja, por ahora. —El Fantasma se encogió de hombros—. Un momento así podría parecernos extraordinario a ambos, y ciertamente lo suficientemente inusual como para requerir un intercambio cauteloso; ¿qué, con un hombre muerto y un hombre volador preguntándose el uno al otro? —Sacó un respiró hondo y asintió. "En muchos sentidos misterioso, nuestro cruce ha creado una combinación de compañeros de viaje bastante inusual e inesperada. ¿Qué dices, joven?"

¿Señor?"

Transcurrió un instante mientras las olas del océano marcaban su paso al rozar la orilla. Entonces

Lázaro preguntó: «Su Gracia, usted dice que murió hace dos siglos, ¿verdad?».

“Sobre eso. Y puede llamarme simplemente 'Gregory' o 'Medicci', joven señor, ya que no soy Más señor que la liebre que tienes en la mano.

“Y no hace falta que me dirijas con título, pues ya no soy escudero. Soy simplemente Lázaro.”

“¿Fuiste escudero?”

Lázaro ignoró la pregunta y le preguntó a Medicci: «Si de verdad eres un espíritu, como dices, ¿por qué no he visto a más personas como tú?».

«Oh, son muchos. Sin embargo, no me mezcló con ellos, no sea que los ángeles los busquen y me descubran también escondido. Siempre me he movido, a mi manera, en secreto.»

Nuevas sospechas también surgieron en Medicci, y este interrogó a Lazarus. "Me parece bastante

Es extraño que aún estés en carne y hueso y puedas verme, y sin embargo afirmes no haber visto jamás a otro Espíritu como yo. ¿A qué se debe esto?

Lázaro admitió: «He visto espíritus, pero brillaban con más intensidad que tú. Eran espíritus demoníacos que salieron de la piedra de la puerta abierta y se congregaron en lo alto de la catedral». Lázaro miró fijamente a Medicci y le preguntó con más detalle: «¿Podrías ser tú otra forma desconocida de ellos, con una apariencia más modesta y varonil?».

El Espectro se puso de pie con el rostro demacrado, mientras el inexpresivo Eljo permanecía de pie. Se enfrentaron a la luz del fuego. En confrontación visual, buscaron en los ojos del otro más señales de verdad o engaño. En ese momento, solo el océano gemía, el viento aullaba y las brasas brillantes se dispersaban como luciérnagas. Y si sus innumerables pensamientos hubieran podido estallar y retumbar, sus mentes podrían haber urdido una tormenta que rivalizara con la mayor tempestad: un vendaval de tal magnitud que ahogaría toda vista y sonido terrenal a su alrededor. Aun así, Lázaro no podía sondear fácilmente a Medicci, ya que el Fantasma era casi informe. Y Medicci no podía percibir fácilmente a Lázaro, ya que Eljo era completamente antinatural. Ambos eran muy conscientes del aparente espacio de confusión que persistía entre ellos. A su manera, sin duda, discernieron su existencia como

Indudablemente real. Era como una nube prácticamente imperceptible de caos ondulante, donde solo podían residir los estados intelectuales más elevados de insaciable curiosidad e infinita sospecha. En el sentido más profundo, cada uno parecía permanecer invisible para el otro.

Medicci finalmente habló. “No soy un espíritu demoníaco. A los demonios no se les concede el Cielo, como a mí”. Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos. “Sin embargo, yo también me pregunto sobre ti. Tú afirmas que no eres un demonio, sino simplemente un hombre volador; y sin embargo, resulta que conoces la ubicación exacta de una puerta al Infierno. Medicci se acarició la barba antes de señalar con el dedo y compartir su propio motivo de disputa. «Durante doscientos años he buscado por toda la tierra, en lo alto y en lo bajo, tal puerta. Al hacerlo, y durante todo ese tiempo, nunca he dejado de sentir la repentina presencia de un hombre o un ángel. Sin embargo, me inquieta un poco que hayas podido acercarte tanto, y sin que yo lo supiera, mientras yo permanecía ajeno a todo junto a mi tumba». Alzó una ceja. «¿Podrías ser una forma desconocida de demonio, de aspecto peculiar y modales burlones, en un astuto intento de escoltarme al Infierno».

—Ya te dije que no soy un demonio. Busco un fraile para cerrar la Puerta —declaró Lázaro—. Eres tú quien busca el infierno.

“No busco el infierno; busco a mi Sofía.”

“¿Entonces está en el infierno?”

—No puedo decirlo —replicó Medicci—. Sin embargo, háblame de tu fraile; y de cómo un simple monje mortal pudo tener tal conocimiento ilimitado del Infierno como para estar íntimamente familiarizado con él.

con el intrincado funcionamiento de su puerta.”

—No puedo decirlo —admitió Lázaro—. Desconozco sus costumbres y sus recursos; solo su nombre y su lugar de residencia.

“Entonces, ¿por qué debes buscar a este fraile si sabes tan poco de él? ¿Cómo puedes estar seguro de que siquiera puede gobernar esta Piedra de Puerta tuya?”

—La Piedra de la Puerta no es mía —reprendió Lázaro—. Simplemente me pidieron que fuera a buscar al fraile. Di mi palabra de que lo haría. Juré lealtad a los hombres de Dios, y ahora cumplo sus órdenes. Jamás mentirían ni desearían que me ocurriera ningún mal en esta misión. Por lo tanto, tengo fe en el fraile y en sus capacidades. Sé lo suficiente; no necesito saber más.

Medicci apartó la mirada. Frunció los labios y asintió pensativo. «Aceptable, tal vez; simplemente haces una buena acción, por extraordinaria que parezca». Respiró hondo. «Sin embargo, no miento, y tampoco te deseo ningún mal. ¿Acaso no te he traído una liebre? ¿Acaso no te he hecho buena compañía? ¿Acaso no te he mostrado todo el respeto que podrías desear?».

Las preguntas de Medicci impulsaron a Lázaro a recordar su encuentro con su madre en la Boca de la Montaña y la generosa ofrenda de piedras preciosas que ella le hizo. Le respondió a Medicci con sabias palabras: «Las malas intenciones a menudo se ocultan tras las buenas acciones. Por eso, no puedo conocer con certeza tu intención; sin embargo, la mía me es clara. Debo encontrar a un hombre de Dios que ate un mal que ahora está suelto».

Medicci resopló y levantó las manos con desgana, exclamando: «¡Pero puede que solo me estés diciendo esto a mí! Por lo que entiendo, puede que me estés tendiendo una trampa, ¡directamente a la boca del infierno!». Se cruzó de brazos. «Respóndeme esto, Lázaro: si afirmas que soy uno de esos supuestos espíritus malignos de la Puerta de Piedra, ¿por qué querría acompañarte en tu búsqueda? Si de verdad viniera de esa puerta, ¿no sabría ya dónde está? ¿Por qué me aventuraría a ir a Italia contigo, si no te necesito?».

Lázaro le respondió con sugerencias similares: «Y puede que solo me estés diciendo esto a mí. No te pedí que me acompañaras a Italia. Por lo que he podido averiguar, puede que no exista la Dama Sofía. Quizás desees secretamente acompañarme para encontrar al fraile por tu cuenta y luego matarlo antes de que cierre la Puerta, ¿verdad?».

Medicci apoyó las manos en las caderas y declaró fríamente: “No estoy aliado con el Mal, Lázaro. Y ciertamente no estaba en el cementerio por tu culpa. Es más, un

El ángel deseaba acompañarme al Cielo en el preciso instante en que te abalanzaste sobre mí.

Lázaro asintió y miró hacia el océano. «Y yo iba camino de Italia, Medicci, antes de que la voz de tu ángel me atrajera hacia ti».

—Ella no es mía —replicó Medicci. Suspiró y bajó los brazos—. Muy bien; tal vez ambos decimos la verdad y, sin embargo, sospechamos de las malas intenciones del otro.

Sin embargo, sé con absoluta convicción que no tengo malas intenciones; e incluso si sospechara que tus intenciones no son del todo sinceras, me siento obligada a acompañarte —y a ayudarte a encontrar al fraile, si fuera necesario— si al final he de encontrar a mi Sofía. La aparición hizo una rápida reverencia. Solo puedo confiar en que tus intenciones sean tan sinceras como las mías.

Lázaro consideró las amables palabras y el gesto de Medicci. Le devolvió la reverencia. «Y encuentro buena fe en tu compañía y en tus acciones pasadas. Después de todo, te encontré en presencia de un ángel; y también me encontraste la liebre». Sonrió y añadió: «Debo estar agradecido».

Las tensiones disminuyeron y se sentaron junto al fuego, sintiéndose más a gusto que un momento antes. Durante un rato, se turnaron para observar la carne chisporroteando y las olas que rompían en la orilla, reduciéndose a meras líneas superpuestas de espuma.

Lázaro ofreció: «Si me lo permiten, perdonen mi desconfianza, Medicci. Es solo que jamás en mi vida he visto el espíritu de un hombre».

“Por favor, perdona también mis sospechas, Lázaro”, dijo Medicci a su vez. “En toda mi vida y Nunca me había topado con un ser como un hombre volador. Es más, en más de doscientos años, nunca había podido conversar con los vivos, hasta ahora. —¿Hay muchas almas, como tú, que vagan por ahí? —preguntó Lázaro.

«Pues bien, puedo decir que hay tantas almas como hombres, mujeres y niños que han nacido. He visto incluso legiones de ellas vagando aturdidas por campos de batalla recién arrasados. A veces, pueden ser muchas, pero solo por un instante, antes de que aparezcan los ángeles para llevárselas. Sin embargo, rara vez veo tantas a la vez. Con más frecuencia, puedo ver uno o dos espíritus de paso. Aun así, debo huir a toda prisa, no sea que los ángeles me descubran entre ellas.»

“¿Adónde llevan a los espíritus?”

Medicci se encogió de hombros. «El cielo o el infierno, supongo; algún lugar distinto de aquí. Por lo que he entendido, está prohibido que los espíritus vaguen por la tierra».

“Sin embargo, sí lo haces.”

"Sí."

“Entonces, ¿por qué lo permiten?”

El Espectro negó con la cabeza y sonrió con picardía. «Lo permito». Se palmeó el pecho y susurró: «Si nunca me atrapan, seguiré vagando libremente». Se rió entre dientes y metió las manos en los bolsillos de su túnica. «Oh, saben que estoy aquí, en algún lugar. Y tengo la fuerte sensación de que no soy la única alma errante que camina sobre la tierra».

Lázaro le preguntó: «¿Y qué hay del ángel en el cementerio, del que huísteis? ¿No te permitió quedarte?»

—¿Azrael? —Medicci rió—. Es muy buena rastreadora. Azrael me ha alcanzado varias veces desde entonces, aparte de mis visitas habituales a Sofía. Y como siempre, le digo que estoy lista para ir al Cielo, desvió su atención y luego me escapo. No se esfuerza mucho por atraparme. Al fin y al cabo, lo más probable es que, en secreto, sienta lástima por mi situación. Nunca le dice a Azazel dónde estoy, ya que él nunca se ha dejado ver después de mis encuentros con ella. O siente lástima por mí, o le cae mal, o una combinación de ambas.

—¿Azazel? —preguntó Lázaro.
Medicci asintió. "El otro ."

Lázaro asintió, mirándolo fijamente. «En efecto; ¿qué alma buena huiría del Cielo si no?». Giró el conejo y preguntó: «¿Y si Azrael prometiera llevarte al Infierno? ¿Irías con ella como ahora vas conmigo? ¿Para buscar a Sofía?».

«No, Lázaro; Azrael solo lleva a las almas buenas al Cielo. El otro ángel, que se hace llamar Azazel, arrastra a las almas desprevenidas y errantes al Infierno. Y solo he tenido la desgracia de toparme con él una vez en todos estos años. Apenas escapé de aquella bestia hambrienta.»

¿Por qué no lo acompañaste al infierno, en vez de eso, para ir a buscar a Sofía?

“¿Acompañar a Azazel?” Medicci rió con incredulidad. “Uno no lo acompaña voluntariamente. Atrapa almas y las viola desnudas, como la liebre que ahora... sujetar—los engulle por completo donde no pueden escapar. Azrael me ha advertido desde entonces sobre Azazel, diciendo que es el hijo bastardo del ángel Cronos, quien amorosamente abrazó todas las almas devorándolas y haciéndolas parte de sí mismo. Azrael dejó claro, hace mucho tiempo, que si no la acompaño al Cielo, Azazel eventualmente me encontraría y me devoraría, y me llevaría al Infierno mientras estuviera prisionero dentro de él”. El Fantasma se estremeció. Su expresión se endureció y se inclinó hacia Lázaro. “Ya que vago por la tierra, Azazel

Asimismo, tiene todo el derecho a reclamarme. Si me captura, no habré entrado al infierno por mi propia voluntad. Y estoy seguro de que permanecería prisionero para siempre. Por eso he buscado en secreto una entrada más adecuada al infierno, una que me permita entrar y escapar en mis propios términos.

“¿Para robar a Sofía del infierno?”, preguntó Lázaro.

Medicci asintió. "Y así lo haré."

—¿Es posible tal cosa? —respondió Lázaro—. ¿Y cómo puedes estar seguro de que no está en el Cielo, o de que realmente está en el Infierno? Quizás hace lo mismo que tú y simplemente vaga por la tierra.

«Si hubiera existido, la habría encontrado en los últimos doscientos años que llevo buscando una puerta al Infierno», afirmó Medicci, señalando con el dedo hacia el horizonte oceánico. «Y Azrael prácticamente ha confesado que no está en el Cielo. Así que sospecho que debe estar en el Infierno».

“¿Qué te dijo el ángel?”

Medicci suspiró y miró hacia la playa antes de admitir: "Bueno, no fue lo que Azrael dijo". Eso me convenció de lo contrario. Fue lo que no dijo.

Lázaro aguzó el oído. —¿Entonces, qué es lo que no te contó?

El Fantasma entrecerró los ojos y señaló a Lázaro con el dedo acusador, susurrando con claridad: «Cada vez que le pregunto a Azrael si mi Sofía está en el Cielo, me dice que todo se revelará cuando yo esté allí. Y cada vez que le pregunto si está en el Infierno, me dice lo mismo».

—¿Así que ahora crees que está en el Infierno? —Lázaro negó con la cabeza, completamente perplejo—. Si el Ángel te respondió lo mismo sobre su paradero, ¿por qué crees que solo está en el Infierno y no en el Cielo?

Lázaro observó a Medicci ponerse de pie, darle la espalda y mirar fijamente al otro lado del océano. Soplaba una brisa constante hacia el mar, pero el contorno de la capa del Espectro permanecía inmóvil. Finalmente, el Espectro giró la cabeza parcialmente y contempló la arena, como absorto en sus pensamientos. Por último, el Espectro respiró hondo y asintió antes de girarse completamente para mirar a Lázaro. «No sospecho que mi Sofía esté en el Infierno solo por lo que Azrael me dijo o no me dijo, Lázaro. Hay mucho más que contarte antes de que puedas estar de acuerdo conmigo en que casi con toda seguridad está en el Infierno». La Aparición rodeó el fuego, se arrodilló junto a Lázaro y empujó una zarza más profundamente entre las llamas. Lázaro miró a los ojos del Fantasma. Los orbes verdosos parecían distantes, como atrapados por la luz del fuego, mirando hacia la eternidad.

Medicci relató su pasado. “Por profesión, no solo era médico, sino también alquimista . Como tal, estaba absorto en el descubrimiento de preparaciones exóticas y fórmulas embriagadoras que pudieran administrarse para retrasar o incluso prevenir los efectos fisiológicos más comunes del envejecimiento. A medida que mi investigación avanzaba, mis herramientas y métodos se volvían cada vez más poco convencionales y, ciertamente, polémicos con los cánones observados de la medicina. La cristiandad. Con eso, no me quedó más remedio que continuar mis estudios en secreto, por miedo. de acusaciones de herejía o brujería. Después de todo, yo buscaba una preparación única y precisa de aceites, extractos, metales y sales de sangre que pudiera prometer la inmortalidad. De hecho, mi objetivo era formular el mismísimo Elixir de los Antiguos.

—¿Existe tal cosa? —preguntó Lázaro.

Medicci se encogió de hombros. «Ahora no importa . Sin embargo, en vida, lo creía así». Suspiró y le dedicó a Lázaro una sonrisa solemne. «Además de mí, solo otra persona seguía al tanto de mi misión. No era otra que mi confidente y compañera de confianza, Sofía».

Lázaro asintió y bajó la mirada cortésmente hacia el conejo que se estaba asando.

El Fantasma metió la mano en el corazón del fuego, sacó una brasa incandescente y la examinó detenidamente mientras continuaba: «Estuve tan cerca. Creí de verdad que estaba a punto de formular el elixir». Arrojó la brasa de nuevo a las llamas y prosiguió: «Sin embargo, esa creencia me impulsó a explorar muchas tierras extrañas y exóticas, en busca del ingrediente que daría energía a la mezcla». El Espectro apartó la mirada y observó las olas antes de volverse hacia Lázaro, con el semblante claramente sombrío.

Le prometí a Sofía que sería mi último viaje al extranjero. El barco mercante en el que había reservado pasaje se topó con una fuerte tormenta poco después de zarpar. El vendaval nos azotó casi hasta hundirnos y nos arrastró mucho más allá de nuestro primer puerto de escala. En lugar de dar la vuelta y volver a entrar en la tormenta, el capitán siguió adelante y completamos el resto del viaje sin incidentes. Por desgracia, la creencia de que habíamos naufragado en la tormenta se apoderó de nosotros, y se confirmó cuando trozos de nuestro barco, arrancados por la tempestad, llegaron a la orilla cerca del puerto que habíamos ignorado. Y la falsa noticia de que todos habíamos perdido la vida llegó a oídos de mi Sofía como si fuera cierta. Aunque Medicci sonrió y negó con la cabeza, Lázaro pudo ver el dolor en su rostro. Era una chica apasionada, incluso insensata. Se quitó la vida.

Ambos centraron su atención en el conejo y en las llamas que lo envolvían.

—Ahí lo tienes —comentó Medicci encogiéndose de hombros—. Creo que mi amado está en el infierno; tú conoces la puerta del infierno; y espero recuperar el único cielo que me interesa conocer.

Un instante de silencio se cernió entre ellos. Las llamas se mecían con la brisa marina, y Lázaro contemplaba el tenue horizonte del océano.

“¿Preparas tu liebre como ofrenda quemada?” preguntó Medicci, asintiendo hacia el ahora conejo ennegrecido.

“¡Ah!” Lázaro se recompuso y rescató al conejo, sosteniéndolo en alto sobre un palo en llamas. La brisa apagó la llama y refrescó a la liebre. Se volvió hacia Medicci. —Si me permite preguntar, ¿cómo murió usted?

El Fantasma soltó una risita y señaló hacia el fuego, mientras su mano firme penetraba las llamas. “De esto; la herramienta misma de mi oficio: nuestro infame Regalo de Prometeo: el FUEGO. Morí mientras dormía.”

“¿Moriste quemado?”

—No. Era el humo de mis recipientes de agentes y extractos, encendido por una lámpara de aceite mal colocada ; vapores fatales de los mismos ingredientes que usaba en mi búsqueda del siempre esquivo elixir de la vida. Medicci soltó una risita. —Así que aquí estoy, doscientos años después. Tras una pausa, añadió: «Quizás, por casualidad, descubrí el elixir después de todo. Solo que no sabía que tenía que matarme para otorgarme la inmortalidad».

Lázaro entrecerró los ojos, pensativo, cuando soltó una risa seca. Se detuvo bruscamente . «Por favor, perdóname, Medicci».

—No te preocupes, Lázaro —le aseguró Medicci, poniéndose de pie—. Come hasta saciarte y calma tus penas. El Fantasma se apartó del fuego mientras llamaba a Lázaro: —Necesito saber dónde estamos, el nombre del pueblo más cercano. Enseguida vuelvo.

Lázaro observó cómo el Fantasma se acercaba a la costa. Con paso pausado, el Espectro examinó la constelación. Entonces, el rostro de Medicci se elevó en el aire y se desvaneció.

Un hambriento Lázaro devoró su comida mientras el tiempo giraba bajo los cielos oscuros. Finalmente, las brasas flotantes eran como luciérnagas que pululaban desde las brasas de un fuego moribundo; y Lázaro caminaba por la playa, dejando un rastro circular cada vez más estrecho de huellas en la arena mientras escudriñaba los cielos en busca de señales de un fantasma. Sin embargo, sus ojos pronto se posaron en el mar, hacia el horizonte oriental, y se fijaron en una delgada línea roja que marcaba el comienzo los inicios del amanecer. Dio vueltas y caminó en sentido contrario alrededor del fuego, con las manos

Se removía inquieto y tenía la mirada fija hacia el este.

Una voz le preguntó por encima del hombro: "¿Cómo te sientes?"

Lázaro giró bruscamente y cayó de espaldas sobre la arena. Observó la tenue imagen de un Fantasma que se acercaba. Frunció el ceño y se puso de pie mientras Medicci se aproximaba con una sonrisa.

"Perdóname, Lázaro. Debería haber sido más directo en mi trato."

Lázaro recuperó el aliento y murmuró: «Sí, si quieres». Caminó rápidamente hacia el Espectro, echando un vistazo fugaz al horizonte resplandeciente antes de esparcir arena sobre las brasas humeantes y decir: «Medici, debemos irnos, deprisa».

Medicci se detuvo ante Lázaro y señaló la costa. «Encontré el pueblo de Saint Maxime. Está a poca distancia de aquí. Parece que tienes muchas habilidades, y ahora, además, un agudo sentido de la orientación». El Fantasma se cruzó de brazos y añadió: «Eres realmente extraordinario. ¿Estás seguro de que nunca has viajado ...?»

—¡Medicci! —interrumpió Lázaro, señalando con el dedo el tenue resplandor sobre el océano—. ¡Me matará, Medicci; debo buscar refugio de inmediato!

"¿Refugio? ¿Del océano?"

—Por el sol —respondió Lázaro, y añadió—: Tengo una grave enfermedad causada por el sol.

—Ah —dijo Medicci asintiendo—. Como era de esperar, las habilidades extraordinarias conllevan debilidades extraordinarias. Se giró y señaló tierra adentro desde la cala—. Allí hay un bosque; hay mucha sombra. ¿Servirá?

"Busco un lugar más oscuro; tal vez, una cueva o algo por el estilo."

Medicci se frotó la barbilla pensativo. "No vi ninguna cueva". Miró al cielo del este. "Y no llegarás al pueblo antes del amanecer". Negó con la cabeza y se encogió de hombros. "Para mí sería fácil. Podría esconderme bajo el océano, bajo tierra o incluso dentro de un árbol. Sin embargo, vives y debes respirar."

—Debo deseáros buenas noches —dijo Lázaro, ladeando sus alas y alejándose poco a poco.

—¡Ah! Conozco un lugar adecuado —exclamó Medicci, señalando con el dedo la costa sur—. Hay un naufragio en las rocas, y su casco aún está sellado. ¿Qué te parece?

"¿Dices la verdad?"

«Por mi solemne palabra de honor, como caballero distinguido», insistió Medicci, «necesito que estés ileso para poder encontrar a mi Sofía. El barco está sellado y te será de gran utilidad».

"¿Me lo enseñarás?"

"¡En efecto, de inmediato!"

Lázaro escudriñó el horizonte. «Debo volar bajo y rápido, contra tierra y mar». Se giró
Se dirigió a Medici y agitó la mano hacia el cielo. «Debo seguirlo».

Los dos se escabulleron hacia los cielos, abandonando un fuego moribundo y la cabeza ennegrecida de un conejo. Los restos desechados parecían observar boquiabiertos, mirando con terror en la dirección ascendente de la partida de la extraña pareja, tal vez como para escenificar un último y profundo y una actuación memorable ante un público totalmente ausente, y en sus momentos finales, permanecer inmóvil para siempre, mirando hacia arriba, con su ojo negro, bestial y completamente desechado, un agujero grande y hueco.

[Fin del capítulo 19]



Esta obra literaria fue creada exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~